

y de la más rara hoy, de la de *Gil Blas*, de Hamilton y de *Zadig*.

15 Marzo 1839.

En el momento de esta reimpresión tengo á la vista cartas de Benjamín Constant á Madama de Charrière (1787-1795) que M. Gaullieu y de Lausanne se propone publicar. La familia de Constant, posee por su parte cartas de Madama de Charrière á Benjamín. Saldrán á la luz cosas dolorosas. Ha sentido todas las tristezas de la vida la que escribía : « Vos no tenéis como yo estos momentos en los que no sé siquiera si tengo sentido común. Mas sería preciso ser conocida ó entendida. »

## MADAMA DE REMUSAT

---

Siento gran debilidad por los autores que lo son sin saberlo. Se vive en el mundo al lado de ellos, gustamos de su ingenio, y estamos á cien leguas de pensar en el hombre de letras, en la mujer de letras, en el autor, ni en nada que se le parezca. Pero, un día, un verano, en un momento de aburrimiento, después de los años brillantes, esta persona, en el campo, toma una pluma, y traza, sin objeto determinado de antemano, una novela con sus recuerdos para ella sola, ó bien escribe cartas muy largas á sus amigos. Dentro de cincuenta años, cuando todos se hayan muerto, cuando ya no se leerá más el hombre de letras de profesión y que sus treinta volúmenes que pasaron irán á enterrarse en los catálogos fúnebres, la humilde y espiritual mujer, será leída, saboreada con tanto placer como cualquiera de nuestros contemporáneos, y se convertirá en uno de los más admirables ornamentos y duraderos de esta literatura, en la que no parecía pensar más que nosotros cerca de ella.

Los ejemplos dignos de citarse en este género no faltan en el pasado, y es preciso esperar que el porvenir nos reserve algunos. Desde ahora todo no será regulado por la profesión, y lo imprevisto nos sorprenderá. En esta rara y fina hilera, en que figuran desde Madama de Sévigné hasta Madama de Motteville, Madama de Rémusat ocupa su puesto. Lo tendrá más preeminente el día en que las memorias que dejó sobre el Imperio puedan ser publicadas. Entretanto, podemos reivindicar aquí al autor de un excelente *Ensayo sobre la Educación de la mujer*. Pero nuestras miradas no se

limitarán al libro, pues la persona nos atrae mucho más. Nuestro gran placer consistirá en llevar, tanto a los lectores que se acuerden de ella, como a los que no la conozcan nada, á la intimidad de su noble espíritu que una confianza amigable nos ha permitido descubrir. Hablar de ella dignamente y con todos los matices correspondería á otra pluma tan delicada como sería, si el pudor filial no fuera una de sus primeras delicadezas.

Clara-Elisabeth Gravier de Vergenne nació en París en 1780. Era biznieta del ministro de Luis XVI. Su padre había sido intendente en Auch, y ocupaba en París, cuando la Revolución, un puesto muy importante, algo como una dirección general. Formó parte el 89, de la administración de la *commune* en París y pereció en el patíbulo en el 94. Su viuda (señorita de Bastard), que ejerció una gran influencia en la educación de sus hijas, era una mujer de grandes méritos, de talento original, alegre y sensata. Templada por la experiencia de su siglo, parecía estar dotada de esa superioridad de carácter que tomando á la vida tal como es, sabe presentarla á los demás tal como debía ser. Madama de Vergennes educó severamente á sus dos hijas, anticipándose á las condiciones de la nueva sociedad que preveía. La ruina económica repentina que tuvieron á la muerte de su tío el ministro (1787) había sido para ellas la primera lección que no la causó asombro, pues desde muy temprano había leído á La Bruyère. La Revolución la encontró desconfiada, y quería abandonar á Francia antes de los acontecimientos funestos, pero su marido no consintió en ello. Entonces se dispuso á ser fuerte ante las desgracias, y al día siguiente de los desastres á salvar el porvenir de su joven familia.

La cuna de Madama de Remusat está bien dibujada, y estas circunstancias primeras y decisivas que rodearon su infancia, son los gérmenes de sus grandes cualidades. El ambiente social en que nació, como el en que se formó su hermana mayor la señorita Paulina

de Meulan, se puede decir (y me apoyo en palabras ciertas) que «era el de esas familias de altos funcionarios y de buena sociedad, que sin formar parte precisamente de la sociedad aristocrática, ni tampoco de la sociedad filosófica, tenían muchos puntos de contacto con el movimiento del siglo aunque con moderación, casi lo mismo que como en justicia, M. de Vergennes que contribuyó á la Revolución de América, fué colega de Turgot y de M. Nécker y preparó la Revolución francesa, sin ser filósofo ni innovador.»

Protegida y abrigada hasta salir de estas terribles desgracias bajo el ala de su excelente madre, la joven Clary, en un lejano retiro campestre, prolongaba cerca de su hermana menor (1) una infancia apacible, unida, estudiosa, no cesando de amasar cada día el fondo de su alma sana, sólida y sensible. Tal la creó la naturaleza y tal la hizo una educación lenta y continua. Su fisonomía y la forma de sus rasgos acusaban un poco este interior grave, pero sus gustos, no debemos exagerar, no eran nunca impropios de su edad. Su rostro regular estaba animado, sobre todo, por la expresión de sus bellos ojos negros. El resto, sin causar asombro, ganaba siendo observado, y toda su persona parecía mejor á medida que se la miraba más. Desde muy joven conservó su sencillez en sus vestidos, que podríamos llamar negligencia decente.

Casada á los diez y seis, y por afecto con M. Remusat, antiguo magistrado, encontró en este esposo que le doblaba la edad, un guía instruido, un amigo seguro, y entre su madre, su hermana y él, continuó su vida retirada, de dicha oculta y de cultura interior. Algunas citas de Horacio que se le escapan, me demuestran que, como Madama de La Fayette y Madama de Sévigné, sabía el latín. Lo aprendió en aquellos momentos de calma, alternando su estudio con los cuidados á su marido y á su hijo, pues era madre á los diez y siete años.

Así todo concurría á hacer en ella su sentido delicado,

(1) Hoy la condesa de Nansouty.

que llamaríamos rectitud adornada. El valle de Montmorency era el feliz cercado, aunque primero habitaron en Saint-Gratien y luego en Sasmois. Encuentro entre papeles y notas de un tiempo posterior, la expresión y el sentimiento de su dicha tan completa entonces, cerca de una madre que no duraría mucho : « Me parece verla todavía — escribe á su hijo, — en aquella casita que tú acaso recuerdas todavía, trabajando en alguna labor para una de sus hijas, alegrando nuestras veladas con su conversación tan interesante y tan variada, unas veces contando con la originalidad que le era peculiar mil historias risueñas, ó que nos lo parecían por el encanto que ella sabía prestarles, y otras animando á nuestra sociedad con una discusión seria, que ella sabrá según la conveniencia prolongar con interés ó terminar en un momento dado. De entre esas numerosas bromas inocentes se escapan algunos pensamientos fuertes y hondos, que su buen gusto sabía revestir siempre con una especie de color femenino... » Sin detenerme demasiado en este retrato familiar que se refiere á los orígenes de la persona que nos ocupa, sin pretender tampoco penetrar en el misterio de la transmisión, me parece, que estas amplias y excelentes cualidades maternas habrían bastado como una rica herencia que debía fructificar. Una de sus hijas, esta que nos ocupa, desarrolla más tarde la parte seria y filosófica, en tanto que en la otra encontramos (iba decir aplaudimos) la ingeniosa y alegre festividad el brillo de su imaginación, en tanto que la vena original, primitiva, permanecerá oculta para brotar en su nieto cuya infancia era su encanto.

De un carácter muy diferente del de Madama Vergennes, y perteneciendo á una generación mucho más anterior, Madama de Houdetot habitaba en Sannois. Sólo un muro separaba á las dos familias, y la vecindad y las amables conveniencias las unieron. La intimidad que siguió fué de un efecto duradero en el espíritu de Madama de Rémusat, y determinó en cierto modo el medio social en que pasó su vida. Madama de Hou-

detot no murió hasta Enero de 1813, á la edad de ochenta y tres años. En los años en que nosotros la tomamos, es decir, un poco antes de 1800, el salón de esta amable vieja reunía los restos de la buena sociedad y de la sociedad filosófica que en ningún momento había sido absolutamente desterrada. Se puede decir de Madama de Houdetot, que su ideal de existencia no salió nunca de ese valle de Montmorency, en el que la llama de Juan Jacobo ha grabado su recuerdo con caracteres inmortales. Su primavera de idilio floreció muchas veces y su frescura de impresiones se conservó hasta el último día. Madama de Houdetot pasó en el campo la época del Terror. Su retiro fué respetado, sus parientes se agruparon en torno suyo, y podría haber ocurrido muy bien (escribe Madama de Rémusat en un retrato de su vieja amiga), que no guardase de estos días terribles nada más que el recuerdo de las obras más tiernas y de las relaciones más afectuosas que le demostraron. Madama de Houdetot era de esas almas que se pintan con esta frase : *han pasado por el mundo viéndole bien*. Esto es accesible á todo el mundo. La feliz ilusión de que se rodea una naturaleza amante, lanza destellos en torno suyo, y presta un poco de calor á los demás. Mas quiero, de este retrato que tengo á la vista y que tiene por epígrafe la frase de Massillon : *Es el amor lo que decide al hombre á todo*, quiero extraer algunos párrafos que fijarán mejor los matices, y no acostumbrarán más á la observación juiciosa y sutil á la línea graciosa y pura, de la que lo ha trazado :

« Apenas se puede — escribe Madama de Rémusat llevar más lejos que Madama de Houdetot, no diré la bondad, pero sí la benevolencia. La bondad exige una especie de discernimiento del mal, y viéndole, le perdona. Madama de Houdetot no le ha observado en nada. No la hemos visto sufrir, sufrir realmente por él, y cuando alguien condenaba ligeramente algo delante de ella, imponía silencio pidiéndole en nombre de la pena que le hacían sentir. Esta benevolencia ha prolongado la juventud de sus sentimientos y de sus gustos.

La costumbre de vituperar es bueno para el espíritu, mucho más que lo que ella creía, pero es cierto que seca el corazón y produce un descontento anticipado que descolora la vida. Dichoso aquel que muere sin ser desengañado, pues el velo claro y ligero que cubre sus ojos dará á todo lo que le rodea un encanto y una frescura que la vejez no marchitará. Madama de Houdetot decía con frecuencia : Los placeres me han abandonado, pero no puedo acusarme de haberme cansado de ninguno. Estas cualidades la hacían indulgente y fácil para con la juventud. Permitía que los otros gozasen de los mismos bienes que ella había apreciado, y cuyo recuerdo amaba, pues su alma conservaba una especie de agradecimiento á todas las épocas de su vida.

A causa de su misma disposición expansiva, se complacía en el campo. Avida de apoderarse de todo aquello que se ofrecía á sus impresiones, se había guardado de conocer todo lo que puede inspirar el espectáculo de un sitio bello y risueño. Permanecía en éxtasis ante un punto de vista que le agradaba, escuchaba embebecida el canto de los pájaros, contemplaba una flor y esto lo hacía en los últimos años de su vida. Siendo joven hubiera querido amarlo todo, y los gustos que ella había podido conservar embellecían su vejez, como habían concurrido á adornar esa feliz época que nos permite encontrar un placer en cada una de nuestras sensaciones.

« ... Vuelta á la sociedad cuando cesaron las turbaciones, vino con su benevolencia acostumbrada y quiso gozar todavía de los bienes que no podían escaparle. La necesidad de amar que existió siempre en ella la guió á reemplazar á amigos que había perdido con otros amigos jóvenes, que ella escogió á su gusto, y cuyos nuevos afectos consolaban las pérdidas. Creía honrar todavía á los que había amado y de quienes se veía privada, cultivando en su edad avanzada las facultades de su corazón. Muy débil para mantenerse en su vejez con sólo sus recuerdos, creía que no se debía

cesar de amar antes de cesar de vivir. Una Providencia indulgente, la otorgó este placer preservando sus últimos años del aislamiento que generalmente le acompañaba. Cuidados asiduos y delicados embellecieron sus últimos días con algunos colores que había repartido su primavera. Una amistad muy complaciente (1) consintió á tomar con ella la forma que acostumbraba á dar á sus sentimientos. La razón austera y desengañada podía á veces sonreír ante esta juventud eterna de su corazón, pero esa sonrisa habría sido sin malicia, y al final de la vida, Madama de Houdetot encontró en la gente esa indulgencia afectuosa que sólo la infancia tiene derecho á reclamar.

« De otra parte ha probado por el valor y la calma que demostró en los últimos momentos que el ejercicio prolongado de estas facultades del corazón no quita energías. Cuando se sintió morir, no dejó escapar más que la expresión de un sentimiento tan tierno como conmovedor : — No olvidadme — decía á sus parientes y á sus amigos que lloraban en torno de su lecho, — tendría más valor si no fuese preciso abandonaros; pero, al menos que viva en vuestro recuerdo !

Así reanimaba todavía á su vida que se apagaba, y estas solas palabras *yo amo*, han sido los últimos acentos que su alma exhaló al encaminarse hacia Dios. »

Madama de Remusat, dibujada este admirable retrato en 1813. Quince años antes había entrado en esa sociedad restaurada que componía tantos restos, y que se disponía á sonreír graciosamente, á pesar de sus arrugas. Esta sociedad de Madama de Houdetot, en la que reinaban todavía los últimos filósofos, M. de Saint Lambert, M. Suard y el abate Morellet, no

(1) La de Madama de Sommariva. Sería toda un historia renovada el decir la pastoral á que se prestó. Joven, rica, se fingió desgraciada, arruinada, desterrada á fin de representar mejor el papel de extranjería enterneada y llena de agradecimiento, para dar pretexto á Madama de Houdetot que dijese en su candor : « ¡ Pobre joven ! No es extraño que me ame.

era más filosófica que literaria. Había allí, nos dice un buen juez, una mezcla bastante pacífica de luces modernas, de deseos retrógrados, de gustos del antiguo régimen, costumbres sencillas, tristes pesares por los dolores del 93, y había, sobre todo, un vivo deseo de felicidad, de tranquilidad final y de placeres de sociedad. Lo que habría sido una contradicción diez años antes se ajustaba maravillosamente á aquel momento. A través de esta mezcla de ideas y de sentimientos, nada oprimía la acción libre del pensar y nada forzaba su dirección. Los talentos jóvenes podían gobernarse ellos mismos y hacerse una línea de conducta. En política, se era realista, en el sentido de que preferían Luis XVI á sus jueces, y los emigrados á los jacobinos; pero, en general, se mostraban muy dispuestos á acatar todo gobierno regular, todo lo que garantizase el orden y el reposo. Era la buena compañía del Consulado. El Consulado desde el primer día fué saludado y reconocido.

Madama de Vergennes había tenido en todo tiempo algunas relaciones con Madama de Beauharnais, y no las habría interrumpido con Madama Bonaparte. La casualidad las había acercado por primera vez en una aldea de los alrededores de París en donde habían pasado el terrible verano del 93, y otra casualidad las unió en el tiempo de la expedición á Egipto. Madama Bonaparte habitaba entonces Malmaison, y Madama de Vergennes vino á permanecer algunos meses en Croissi, muy cerca de allí, en el castillo de un amigo. La fortuna del ilustre ausente, en esta época, no era como la juzgamos hoy, pues su astro parecía por momentos eclipsarse. Madama Bonaparte, después del radiante destello de la primera campaña de Italia, se encontraba ya un poco viuda, un poco repudiada, y presa de mil estrecheces y preocupaciones en el seno de los restos suntuosos de una primera y pasajera grandeza. De un natural expansivo y de un fácil abandono, apenas se encontró con Madama de Vergennes depositó en ella todas sus confidencias. El

desembarco en Frejus la sorprendió en medio de estos temores y volvió á colocarla bruscamente sobre su carro triunfal. Cuando después de un año, y una vez que aquel gobierno se hubo afirmado, Madama de Vergennes recurrió á ella y le expresó el deseo de una posición para su yerno en el consejo de Estado, la encontró muy complaciente. Las Tullerías volvían á abrirse; y Madama Bonaparte pensó un momento en tomar por dama á Madama de Remusat, y agregar á su marido al servicio del Cónsul. Esto era más de lo que habían deseado. Pero tales favores eran órdenes que no se discutían. M. de Remusat llegó á ser gobernador del palacio.

Se intentaba un comienzo de corte, y en el año de 1802 Madama de Remusat se estableció por primera vez en Saint-Cloud, donde estaba entonces el primer Cónsul. Tenía entonces veintidós años. Su nombramiento y el de su marido fueron un acontecimiento, pues hasta entonces todas las personas del séquito eran militares. Se podía ver en ello un pensamiento del señor, un primer paso y un primer eslabón entre él y el elemento civil para captarse á las personas considerables. Había muchos grados en los antiguos nombramientos, pero el de Vergennes era conocido, histórico, y estaba relacionado con el antiguo régimen. Esto era una barrera en el camino para los más grandes, que sin embargo no dejaron de lanzarse en tumulto en cuanto el Consulado se convirtió en Imperio. Además el Cónsul, que quería *que se supiese por él lo que él ignoraba*, encontraba en M. de Remusat un tacto seguro, un conocimiento perfecto de las conveniencias y costumbres que había que establecer, todo lo que, en fin, en esta época, podía servir á esa parte importante y delicada. No se trataba de nada menos sino de restablecer la dignidad en las formas y en la cortesania.

Tendría que decir demasiado, y diría siempre poco, si quisiese seguir á Madama de Remusat en esta corte en donde se encontró lanzada á los veintidós años al

salir de una existencia solitaria y moral. El entusiasmo agradeceido y abnegado, cuya necesidad sintió primero, sufrió muchos fracasos consecutivos para subsistir mucho tiempo. Ella misma pinta este decrecimiento gradual en sus Memorias, que no me creo casi con el derecho á desflorar (1). Pronto encontraremos algunos resultados de su experiencia trazados bajo el velo de una novela, y entonces podremos más fácilmente hacerlo resaltar.

Una particularidad esencial, y por decirlo así, histórica, queda por anotar: Madama de Remusat fué una de las personas que durante estos primeros años habló más con el Cónsul. ¿A qué debió este favor? Ella misma lo deduce no sin burlarse un poco. Llegaba sencilla y franca, con costumbre de conversación fácil, al centro de esa sociedad de la etiqueta, en la que al principio, en general, se es tímido é ignorante. Admiraba á Bonaparte y aun no había aprendido á temerle. A las bruseas preguntas que le dirigía, en sus rápidos monólogos, las otras mujeres no contestaban sino con monosílabos, en tanto que ella si tenía algún pensamiento se permitía decirlo. Las primeras veces esto causó grandes comentarios y risas, y debió hacérselo perdonar por el silencio de los días siguientes. Pero lo que hacía mejor que contestar, era comprender, escuchar y deducir cuando Bonaparte reflexionaba en alta voz. El era muy sensible á este género de inteligencia y no sabía que la mujer lo posee en un grado

(1) Ha hecho algo mejor. Admitida como Madama de Motteville á ver desde muy buen sitio esta *comedia bella*, había pensado en que no se perdiesen ninguno de sus recuerdos. Escribió cada noche los sucesos, las impresiones y los diálogos del día. Por desgracia, en 1815, durante los Cien Días algunas circunstancias que sin duda ella exagera, la hicieron temer por aquellos papeles tan llenos de nombres y de cosas: lo que es verídico es casi siempre terrible. Salió para dejarlos en seguridad en casa de un amigo, pero no habiéndole encontrado al regresar los echó á la chimenea. Una hora después eran los pesares. Sólo después de la publicación del manuscrito de Madama de Staël sobre la Revolución Francesa, tuvo la idea de reunir de nuevo estos recuerdos.

infinito. ¿Era esto lo que le extrañaba? M. de La Menais en un reciente escrito, del que se sacarían seguramente pensamientos más graciosos, ha dicho: «Nunca he encontrado una mujer capaz de seguir un razonamiento durante un cuarto de hora.» Esto es muy duro y denota el rencor. Bonaparte no era precisamente galante y se mostraba muy severo para con el talento de las mujeres; pero nunca habría dicho cosa semejante, pues sólo hubiese tenido que acordarse de Madama de Remusat.

Diversas razones y circunstancias interrumpieron en seguida estos *debut*s comunicativos, y pusieron fin á las conversaciones del héroe con la mujer espiritual. Primero fué la prudencia que le indicó la poca seguridad del lugar, y luego la etiqueta soberana del imperio que puso el nivel. Sin duda Madama de Remusat era un talento muy reflexivo y diligente para escuchar conversaciones políticas sin hacer deducciones, y el Emperador pudo darse cuenta de ello y desconfiarse. Unida por afecto y por posición á la emperatriz Josefina, comprendió que su único papel era seguir su destino. Desde muy temprano su salud estuvo alterada y esto impidió un servicio muy activo, aun cuando fué simplificado en el retiro de Malmaison. M. de Remusat continuaba cumpliendo el suyo con exactitud y conciencia. La situación bastante alta que había obtenido desde el primer día no llegó nunca hasta el favor. Después del divorcio hubo un enfriamiento definitivo, y su amistad con M. de Talleyrand, durante los últimos años del Imperio, extendió sobre ellos como una sombra de la misma desgracia.

Hacia esta época, el gusto de la conversación y de la literatura, fueron las ocupaciones crecientes en la vida de Madama de Remusat. Las serias reflexiones vinieron con la edad, aunque su madurez databa desde su juventud. En un viaje que en 1806 hizo á Coterets por su salud, el aislamiento en que se encontró al salir de una corte que había anticipado su experiencia, le dió lugar á reunir los frutos ya tristes y amargos. Sus

sufrimientos la inclinaron hacia las ideas religiosas en las que durante su infancia fué ferviente, pero que se habían entibiado un poco después. Rezó y sobre todo meditó: « La meditación — ha dicho ella — se diferencia del ensueño, en que la primera es la operación voluntaria de un espíritu ordenado. » Las reflexiones que escribió hacia el mismo tiempo después de haber leído las de Madama du Chatelet sobre la *Dicha*, nos la muestran muy contraria á la moral egoísta y secamente calculada de la amiga de Voltaire, así como también estuvo poco inclinada á la moral puramente sentimental extraída de Rousseau. La suya buscaba más bien su apoyo en la razón y se encaminaba al deber. Sin embargo, las ideas y hasta las mismas prácticas religiosas intervinieron, y tuvieron más eficacia que lo que sus amigos lo hubiesen creído, pero acaso menos que lo que ella decía. En un excelente trozo fechado en 1813 *sobre la coquetería*, no había tenido necesidad de consultar su observación moralista, su juicio sano ni sus gustos delicados para decir:

« A los treinta ó cuarenta años es cuando las mujeres se dan más á la coquetería. Cuando son más jóvenes gustan sin esfuerzo y por su misma ignorancia. Pero cuando su primavera ha desaparecido, comienzan á emplear las mañas para conservar los homenajes á los que les es muy difícil renunciar. Algunas veces también intentan adornarse con las apariencias de inocencia que les valió tantos éxitos. Se equivocan; cada edad tiene sus ventajas y sus deberes. Una mujer de treinta años ha visto el mundo y conoce el mal aunque no haya practicado sino el bien. A esta edad es generalmente madre, y la experiencia ha llegado á ser su verdadera salvaguardia. Entonces debe ser tranquila, reservada, y casi diría un poco fría. Ya no debe aparecer lánguida y con la gracia de la ingenuidad, sino con la dignidad majestuosa que dan los títulos de esposa y de madre. En esta época es preciso tener el valor de quitarse el cinturón de Venus. Ved los en-

cantos con que el poeta la adornó (1): ¿ Son esos los atributos de la virtud y de la maternidad?

Mas ¡ cuánta resolución se necesita para abandonar parecido ornamento! Con un poco de cuidado ¡ sienta tan bien todavía! Sin embargo, algunos años después el cinturón caerá por sí solo, no queriendo adornar encantos marchitados. Entonces enrojecerán mirándole, y se dirán como aquella cortesana griega que consagraba su espejo á la Belleza eterna: *Yo se lo doy á Venus puesto que ella es siempre bella...*

« ¿ No es más prudente prevenirse de antemano contra la amargura de parecido momento, y buscar consuelos contra el desengaño? Los sacrificios dictados por la razón, tienen la ventaja de que el esfuerzo que costaron es siempre la recompensa. ¡ Oh, madres! Rodearos desde muy temprano de vuestros hijos. En cuanto lleguen al mundo atreveros á pensar en que vuestra juventud va á pasar á la suya. ¡ Oh, madres! ¡ Sed madres, y seréis prudentes y dichosas! »

Escribía estas cosas con un sentimiento profundo y las decía con un acento penetrado. En efecto, á esa edad dejó el cinturón de Venus que no había tenido para ella más que gracias púdicas. Todo nos dice que pudo permitírsela todavía. Tendríamos una afortunada idea de su persona en este momento, en un retrato exquisito de Clary trazado por una mano, iba á decir por una garra, muy conocida, no es tal materia, y poco acostumbrada á escribir (2). En estos años veía mucho á Madama de Ventimille y á esa sociedad escogida, cuyos detalles nos ha pintado con una vivacidad tan afectuosa como punzante M. Joubert en sus cartas. La sociedad de Madama de Ventimille era más y mejor que una continuación del siglo XVIII. En este

(1) « Ahí están encerrados todos los encantos; ahí el amor, el deseo, murmullo de amantes, el insinuante propósito que roba el corazón hasta á los más prudentes. » (Homero.)

(2) M. de Talleyrand, un día que presidía el Senado, aburriéndose, cogió una hoja de papel oficial, y con su letra diminuta trazó el retrato de Clary.

tiempo en que todo renacía, había en ciertos rincones como una refluorescencia del puro xiv. El gusto se remontaba á sus más altas fuentes, y la religión servida por M. de Chateaubriand, representaba sus grandes modelos. Mientras que fuera, una librería inteligente, ayudando á esta reacción del público, reimprimía colecciones de antiguas memorias, selecciones de cartas de Madama de Montmorency, de Madama de Scudery y de Madama de Coulanges, se citaba tal círculo en el que las mujeres se vestían de duelo en ocasión del aniversario de la muerte de Madama de Sévigné.

La moda de los retratos, que no había desaparecido por completo, parecía revivir como en los mejores tiempos de *Mademoiselle*. Después del de Madama de Houdetot por Madama de Remusat, podría citar todavía el retrato de Madama de Ventimille y el de M. Pasquier, el cual, en muchas cosas, nos parecería de ayer, tanto acompañan mi trabajo hasta el final á los méritos sólidos las facultades amables que la sociedad ejerce. Madama de Remusat, en las horas libres que le dejaban sus funciones de servicio oficial, desde entonces atemperadas, se complacía quedándose en casa. Su salón de la plaza de Luis XV fué uno de los tiempos del Imperio. La sociedad de Madama de Ventimille y la de Madama de Houdetot se encontraban en él con algunas ligeras variaciones. Formaban parte de ella M. Molé, M. Suard, el abate Morellet, M. de Bausset (el cardenal), M. Galloix, M. Cuvier, la señorita de Meulan y M. Guizot, M. de Barante, M. de Fontanes, algunas veces, Gerard el pintor, y más tarde M. Villemain. En un cuaderno de recuerdos, en uno de esos álbums entonces más raros que hoy y más íntimos, en los que se leen los nombres de los amigos y en donde buscamos de cada uno de ellos con curiosidad y tristeza, algunos detalles particulares y lejanos, encuentro con fortuna, y la copio, una página luminosa firmada por Chateaubriand. Nada de lo que sale de ciertas plumas podría escapar

ni desaparecer. M. de Chateaubriand tiene grandeza hasta en la gracia, y me figuro que Homero hubiese sido Homero hasta en las proporciones de la Antología. He aquí el espléndido fragmento :

« La Gloria, el Amor y la Amistad, bajaron un día del Olimpo para visitar los pueblos de la tierra. Las tres divinidades decidieron escribir la historia de sus viajes, y el nombre de los hombres que les diesen hospitalidad. La Gloria tomó para cumplir sus propósitos un pedazo de mármol, el Amor unas tablas de cera, y la Amistad un libro blanco. Los tres viajeros recorrieron el mundo y se presentaron una tarde en mi puerta. Yo me apresuré á recibirlos con el respeto que es debido á los dioses. Al día siguiente, cuando se marcharon, la Gloria no pudo grabar mi nombre en el mármol, el Amor, después de haberlo escrito en sus tablas lo borró riendo, y sólo la amistad me prometió conservarlo en su libro. »

« DE CHATEAUBRIAND. — 1813 (1). »

Sería muy importante averiguar si Madama de Remusat aportó algo de particular y de nuevo á la conversación de aquel tiempo, pues seguramente que intentó introducir la seriedad. Las dos partes estaban

(1) Cuando publiqué por primera vez esta página, M. de Chateaubriand, se disgustó viéndose sorprendido en estrecha amistad con una persona de esa sociedad imperial ó doctrinaria con la que se había enfiado y por la que sentía antipatía. Dijo á Madama de Recamier que nunca había escrito nada en el álbum de Madama de Remusat, y que el fragmento no era de él. Madama de Recamier me lo dijo pues la verdad para esta encantadora mujer no era sino la que querían sus amigos. No había que hacer otra cosa, ante la declaración de M. de Chateaubriand, sino decir que el fragmento estaba escrito y firmado por su mano. Los elogios que yo le añadí y el gran nombre de Homero que intercalé por precaución, no habían podido conjurar un acceso de mal humor. Nadie sabe todos los trabajos y las mañas de que tenemos que valernos los críticos cuando tenemos que tratar de delicados puntos de la historia literaria contemporánea que tenemos necesidad de estar informados y que no queremos escribir dictados por nadie. Gracias á Dios no he tenido nada que gobernar en este mundo, pero me basta con el amor propio de los autores y ya es bastante.